

EL ÚLTIMO VERANO DE KLINGSOR

ALMA DE NIÑO

HERMANN HESSE

EL ÚLTIMO VERANO
DE KLINGSOR

ALMA DE NIÑO

Traducción de Carlos Fortea



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

imagen de la cubierta: istock

Primera edición: noviembre de 2017

1920 by Hermann Hesse. All Rechte bei und vorbehalten durch
Surhkamp Verlag Frankfurt am Main

© traducción: Carlos Fortea, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1127-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 24352-2017

Impreso en España

El último verano de Klingsor

Nota preliminar

El pintor Klingsor pasó el último verano de su vida, a la edad de cuarenta y dos años, en aquellas comarcas meridionales cercanas a Pampambio, Careno y Laguno que ya había amado y visitado con frecuencia en años anteriores. Allí nacieron sus últimos cuadros, aquellas paráfrasis libres de las formas del mundo visible, aquellas extrañas, luminosas, y sin embargo tranquilas, ensañadoramente tranquilas, imágenes de árboles encorvados y casas de aspecto vegetal, que los conocedores prefieren a los cuadros de su época «clásica». Su paleta mostraba entonces muy pocos, luminosos colores: amarillo cadmio y rojo, verde veronés, esmeralda, cobalto, violeta cobalto, bermellón francés y laca geranio.

La noticia de la muerte de Klingsor sorprendió a sus amigos a finales del otoño. Algunas de sus cartas contenían presentimientos o deseos de muerte. Puede que de ahí haya surgido el rumor de que se quitó la vida. Otros rumores, como los que rondan a un nombre polémico, tienen poco menos sustento que ése. Muchos afirman que Klingsor sufría una enfermedad mental desde hacía meses, y un escritor de arte

poco razonable ha intentado explicar el asombro y el éxtasis que recorre sus últimos cuadros a partir de esa supuesta locura. Más fundamento que esas charlatanerías tiene la leyenda, rica en anécdotas, de la afición a la bebida de Klingsor. Esa afición estaba presente en él, y nadie la llamaba por su nombre de manera más abierta que él mismo. En ciertas épocas, y así también en los últimos meses de su vida, no sólo gustaba de beber con frecuencia, sino que buscaba la embriaguez como forma de aliviar sus dolores y una melancolía que a menudo era difícilmente soportable. Li Tai Po, el poeta de los más profundos cantos a la embriaguez, era su predilecto, y cuando estaba ebrio solía llamarse a sí mismo Li Tai Po, y Thu Fu a uno de sus amigos.

Sus obras perviven, y no menos pervive, en el pequeño círculo de sus más allegados, la leyenda de su vida y de aquel último verano.

Klingsor

Había dado comienzo un apasionado y veloz verano. Los ardientes días, por largos que fueran, se consumían cual banderas en llamas, a las cortas y bochornosas noches de luna les seguían cortas y bochornosas noches de lluvia, rápidas como sueños y repletas de imágenes, las luminosas semanas se marchaban, febriles.

Pasada la medianoche, de regreso de un paseo nocturno, Klingsor estaba en el estrecho balcón de piedra de su cuarto de trabajo. A sus pies descendía, hondo y vertiginoso, el viejo jardín en terrazas, una profunda y sombreada maraña de densas copas de árboles: palmeras, cedros, castaños, árboles de Judas, hayas purpúreas, eucaliptos, entreverados de plantas trepadoras, lianas, glicinias. Sobre la negrura de los árboles brillaban con pálido reflejo las grandes hojas metálicas de los magnolios de verano, flores gigantescas blancas como la nieve, entreabiertas, grandes como cabezas humanas, pálidas como la luna y el marfil, de las que venía, penetrante y alado, un intenso aroma a limón. Desde una imprecisa lejanía venía con cansado aleteo una música, quizá de una guitarra, quizá de un piano,

indistinguible. En las granjas avícolas gritaba de repente un pavo real, dos, tres veces, y rasgaba la noche boscosa con el sonido breve, áspero e irritado de su atormentada voz, como si el dolor de todo el mundo animal resonara en su fondo, tosco y chillón. La luz de las estrellas inundaba el valle; alta y abandonada, una capilla blanca miraba desde el bosque interminable, antigua y hechizada. Mar, montañas y cielo se confundían a lo lejos.

Klingsor estaba en el balcón, en camisa, con los brazos desnudos apoyados en la baranda de hierro, y leía, a medias enojado, con ojos ardorosos, la escritura trazada por las estrellas en el pálido cielo y por las suaves luces sobre la negra y grumosa nubosidad de los árboles. El pavo real le traía recuerdos. Sí, volvía a ser de noche, tarde, y en realidad era hora de irse a dormir, a toda costa, a cualquier precio. Quizá si uno durmiera de verdad una serie de noches, si durmiera bien seis u ocho horas, podría recuperarse, los ojos volverían a tener paciencia y a obedecer, y el corazón se calmaría, y las sienes dejarían de doler. ¡Pero entonces el verano habría pasado, ese loco y palpitante sueño del verano, y con él se habrían vertido mil copas sin beber, se habrían roto mil miradas de amor no divisadas, se habrían extinguido sin ser vistas un millar de imágenes irrecuperables!

Apoyó la frente y los ojos doloridos en la fresca baranda de hierro, y eso lo refrescó por un momento. Dentro de un año quizá, o antes, esos ojos estarían

ciegos, y el fuego que había en su corazón se habría apagado. No, nadie podía soportar mucho tiempo esa vida llameante, ni siquiera él, ni siquiera Klingsor, que tenía diez vidas. Nadie podía mantener encendidas durante largo tiempo, de día y de noche, todas sus luces, todos sus volcanes, nadie podía estar día y noche inflamado más que por breve tiempo, cada día muchas horas de ardiente trabajo, cada noche muchas horas de ardientes pensamientos, siempre gozando, siempre creando, siempre con todos los nervios y sentidos alerta e iluminados, como un palacio tras de cuyas ventanas resonara la música un día tras otro. Mil velas encendidas noche tras noche. Se acerca el fin, ya se ha consumido mucha fuerza, se ha quemado mucha luz de los ojos, se ha desangrado mucha vida.

De pronto se echó a reír, y se irguió. Se le ocurrió que ya había sentido eso a menudo, pensado eso a menudo, temido eso. En todas las épocas buenas, fértiles, fervientes de su vida, ya en su juventud, había vivido así, prendiendo la vela por ambos extremos, con una sensación ora jubilosa, ora sollozante, de loco despilfarrero, de consunción, con un ansia desesperada de apurar la copa y con un profundo y secreto miedo al final. Ya había vivido así a menudo, ya había apurado la copa, ya había ardido a llamaradas. A veces el final había sido suave, como una profunda e inconsciente hibernación. A veces también había sido espantoso, devastación absurda, insufribles dolores, médicos, triste renuncia, triunfo de la debilidad. Y, en todo caso, el final de un perío-

do de fervor era cada vez peor, más triste, más aniquilador. Pero siempre había sobrevivido también a eso, y después de semanas o meses, después del tormento o el aturdimiento, había venido la resurrección, nuevo incendio, nueva explosión de fuego subterráneo, nuevas obras más ardientes, nueva y esplendorosa embriaguez vital. Así había sido, y los tiempos de tormento y de fracaso, los miserables períodos intermedios, habían quedado olvidados y sumergidos. Estaba bien así. Las cosas irían como tantas veces habían ido.

Sonriente, pensó en Gina, a la que había visto esa misma noche, con la que habían jugado sus tiernos pensamientos durante todo el camino de vuelta. ¡Qué hermosa y cálida era esa chica, en su todavía inexperto y temeroso fervor! Tierno y juguetón, se decía a sí mismo, como si volviera a susurrarle al oído: «¡Gina! ¡Gina! ¡Cara Gina! ¡Carina Gina! ¡Bella Gina!»

Volvió a la habitación y encendió la luz. De un pequeño y confuso montón de libros, sacó un rojo volumen de poemas; se había acordado de un verso, un fragmento de un verso, que le parecía de indecible belleza y amabilidad. Lo buscó largo tiempo, hasta que lo encontró:

No me entregues así a la noche,
al dolor.
¡Oh tú, amadísima, mi cara de luna!
¡Oh tú, mi fósforo, mi vela,
tú mi sol, mi luz!

Con profundo disfrute sorbió el oscuro vino de aquellas palabras. Qué hermoso, qué intenso y hechicero era: «¡Oh tú, mi fósforo!» Y: «¡Oh tú, mi cara de luna!».

Sonriendo, se paseó de un lado para otro ante las altas ventanas, pronunció los versos, gritó a la lejana Gina: «¡Oh tú, mi cara de luna!», y su voz se oscureció por la ternura.

Luego abrió la carpeta que, después del largo día de trabajo, había llevado consigo toda la tarde. Abrió el cuaderno de bocetos, el pequeño, su favorito, y buscó las últimas hojas, las de ayer y hoy. Ahí estaba el cono de la montaña, con sus profundas sombras rocosas; lo había modelado para que se pareciera mucho a un rostro, parecía gritar, la montaña, gritar de dolor. Ahí estaba la pequeña fuente de piedra, semicircular, en la ladera, el arco amurado negro y lleno de sombras, y sobre él un granado en flor, sangriento y ardiente. Todo para que sólo él lo leyera, escritura secreta para él mismo, apresurada y codiciosa noticia del instante, rápido recuerdo arrebatado a cualquier momento, armonizando, nuevo y sonoro, en la naturaleza y el corazón. Y ahora los grandes bocetos a color, hojas blancas con brillantes superficies de acuarela: la casa de madera roja, centelleando como un rubí tendido sobre raso verde, y el puente de hierro de Castiglia, rojo sobre la montaña verde azulada, con el dique violeta junto a él, la carretera rosada. Más allá: la chimenea de la fábrica de ladrillos, rojo cohete con el fondo fresco y claro de los árboles, el indicador direccional

azul, el cielo violeta claro con las nubes gruesas rodando por él. Esa hoja era buena, se podía conservar. La entrada del establo era una pena, el marrón rojizo contra el fondo acero del cielo era correcto, hablaba y armonizaba: pero sólo estaba a medio hacer, el sol le había dado en la hoja y le había causado terribles dolores en los ojos. Más tarde, se había bañado el rostro en un arroyo durante largo tiempo. Bueno, el rojo parduzco ante el malvado azul metálico estaba ahí, eso estaba bien, no estaba falseado ni era fallido ni en la más mínima tonalidad, ni en la más mínima oscilación. No habría sido posible conseguirlo sin *caput mortuum**. Ahí, en ese terreno, estaban los secretos. Las formas de la Naturaleza, su arriba y abajo, su finura y espesor, podían dejarse para más adelante, se podía renunciar a todos los recursos honestos con los que se imitaba a la Naturaleza. Sin duda también se podían falsear los colores, era posible intensificarlos, amortiguarlos, trasladarlos de cien maneras. Pero, si se quería reinterpretar un trozo de Naturaleza a través del color, se trataba de que los colores empleados guardaran exactamente, con absoluta exactitud, la misma relación, mantuvieran la misma tensión que en la naturaleza. En esto se era dependiente, en esto se seguía siendo naturalista, a veces, aunque en vez de gris se emplease naranja, y rubia tinctorum en lugar de negro.

* Antiguo pigmento de color púrpura (N. del T.).

Así que había vuelto a desperdiciar un día, y el resultado era magro. La hoja con la chimenea de la fábrica y la armonía rojiazul de la otra, y quizás el boceto de la fuente. Si mañana amanecía cubierto, iría a Carabbina; allí estaba el cobertizo de las lavanderas. Quizá volviera a llover, y en ese caso se quedaría en casa y empezaría el cuadro al óleo del arroyo. ¡Y ahora, a la cama! Había vuelto a pasar la una.

En el dormitorio, se quitó la camisa, se roció agua sobre los hombros, que salpicó en el enlosado rojo, subió de un salto a la elevada cama y apagó la luz. Por la ventana veía el pálido Monte Salute, desde la cama Klingsor había leído mil veces sus formas. La llamada de una lechuza desde el barranco, profunda y hueca, como un sueño, como olvidada.

Cerró los ojos y pensó en Gina y en el cobertizo de las lavanderas. ¡Dios del cielo, había tantas cosas esperando, tantos miles de copas ya servidas! ¡No había nada en el mundo que no mereciera la pena de ser pintado! ¡Ninguna mujer en el mundo a la que no hubiera que amar! ¿Por qué existía el tiempo? ¿Por qué siempre esa necia sucesión, en lugar de una bulliosa y satisfactoria simultaneidad? ¿Por qué volvía a estar solo en la cama, como un viudo, como un viejo? Se podía disfrutar a lo largo de toda esta corta vida, se podía crear, pero siempre se cantaba una canción tras otra, nunca sonaba toda la sinfonía con sus cien voces e instrumentos al tiempo.

Hacía mucho tiempo, a la edad de doce años, había sido Klingsor el de las diez vidas. Entre los niños había un juego de ladrones en el que cada uno de los ladrones tenía diez vidas, de las que perdía una cada vez que uno de sus perseguidores lo tocaba con la mano o con un proyectil. Con seis, con tres, con una sola vida, se podía escapar y liberarse, tan solo con la décima estaba perdido todo. Pero él, Klingsor, había puesto su orgullo en salir adelante con todas, con sus diez vidas, y había dicho que era una vergüenza terminar con nueve, con siete. Así era él de niño, en aquella época increíble en la que nada en el mundo era imposible, nada en el mundo era difícil, en la que todos querían a Klingsor, en la que Klingsor daba órdenes a todos, en la que todos obedecían a Klingsor. Y así había seguido adelante, y siempre había vivido con diez vidas. Y aunque nunca se alcanzara la plenitud, nunca la total y rugiente sinfonía... ¡su canción nunca había sido monótona y pobre, él siempre había tenido un par de cuerdas más que los otros, un par de hierros más en el fuego, un par de táleros más en el bolsillo, un par de caballos más en el coche! ¡Gracias a Dios!

¡Cómo entraba el pulso del oscuro silencio del jardín, cómo la respiración de una mujer dormida! ¡Cómo chillaba el pavo real! Cómo ardía el fuego en el pecho, cómo latía y gritaba y sufría y festejaba y sangraba el corazón. Pero estaba siendo un buen verano allá arriba, en Castagnetta, vivía de manera señorial en su vieja y noble ruina, bajaba de manera

señorial la vista hacia las copas infestadas de orugas de los cien bosques de castaños, era hermoso bajar, desde aquel noble y viejo mundo de castillos y bosques, y contemplar abajo el colorido y alegre juguete, y pintarlo en su buena y alegre estridencia: la fábrica, el ferrocarril, el cochecito azul del tranvía, la columna anunciadora del muelle, los pavos, las mujeres, los curas, los automóviles que pasaban orgullosos. Y qué hermosa y torturadora e incomprensible era aquella sensación en el pecho, ese amor y ese ansia palpitante por cada cinta de colores y cada jirón de la vida, esa dulce y salvaje necesidad de mirar y dar forma, ¡y sin embargo, al mismo tiempo, en secreto, bajo una fina capa, la íntima conciencia de la puerilidad y futilidad de cuanto hacía!

La corta noche de verano se fundía, febril. El vapor ascendía de la verde hondonada del valle, la savia hervía en cien mil árboles, cien mil sueños brotaban del ligero dormir de Klingsor, su alma caminaba por la sala de espejos de su vida, donde todas las imágenes se multiplicaban para encontrarse en cada ocasión con un nuevo rostro y un nuevo sentido, y establecían nuevas relaciones, como si se agitara un cielo estrellado dentro de un cubilete de dados.

Una imagen de ensueño entre muchas lo conmovió y extasió: yacía en un bosque, con una mujer pelirroja apoyada en su regazo y una morena en su hombro, y otra arrodillada junto a él, que le sostenía la mano y le besaba los dedos, y por doquier a su al-

rededor había mujeres y muchachas, algunas aún niñas, de largas y esbeltas piernas; algunas en todo su esplendor, algunas maduras y con los signos del conocimiento y el agotamiento en los rostros palpitantes, y todas lo amaban, y todas querían ser amadas por él. Entonces estallaba la guerra y la disputa entre las mujeres, la pelirroja agarraba con mano veloz a la morena por los cabellos y la arrastraba al suelo y era arrastrada ella misma, y todas se lanzaban unas sobre otras, todas gritaban, todas arañaban, todas mordían, todas hacían daño, todas sufrían daño, las carcajadas, gritos de furia y aullidos de dolor se confundían, entrelazados y anudados, la sangre corría por todas partes, las garras se clavaban sanguinolentas en la carne rolliza.

Con un sentimiento de nostalgia y angustia, Klingor despertó durante unos minutos, sus ojos muy abiertos miraron fijamente el agujero en la pared. Todavía tenía delante de sus ojos los rostros de las mujeres iracundas, y a muchas de ellas las conocía y podía llamarlas por su nombre: Nina, Hermine, Elisabeth, Gina, Edith, Berta, y todavía saliendo del sueño dijo con voz ronca:

—¡Basta, niñas! Mentís, me mentís: ¡no tenéis que desgarraros entre vosotras, sino a mí, a mí!

Louis

Louis el cruel había caído del cielo, de pronto estaba allí, el viejo amigo de Klingsor, el viajero, el imprevisible, que vivía en el tren y cuyo estudio era su mochila. Buenas horas goteaban del cielo aquellos días, soplaban buenos vientos. Pintaban juntos, en el Monte de los Olivos y en Cartago.

—¿Tendrá algún valor toda esta pintura? —dijo Louis en el Monte de los Olivos, tumbado desnudo en la hierba, con la espalda enrojecida por el sol—. No pintamos más que *faute de mieux*^{*}, querido. Si siempre tuvieras en el regazo a la chica que te gusta en ese momento y la sopa en el plato que te apetece no te dedicarías a este absurdo juego de niños. La Naturaleza tiene diez mil colores, y nosotros nos hemos metido en la cabeza reducir la escala a veinte. Eso es la pintura. Uno nunca se queda satisfecho, y encima hay que dar de comer a los críticos. En cambio, una buena sopa de pescado marsellesa, *caro mio*, con un pequeño y tibio Borgoña, y después un filete a la milanesa, pe-

* A falta de algo mejor que hacer.

ras de postre y un buen Gorgonzola, y un café turco... ¡eso son realidades, señor mío, eso son valores! ¡Qué mal se come aquí, en esta Palestina vuestra! Oh, Dios, quisiera estar pegado a un cerezo, con las cerezas en la punta de la boca, y que en la escalerilla, justo encima de mí, estuviera la muchacha morena y vehemente que nos hemos encontrado esta mañana. ¡Abandona la pintura, Klingsor! Te invito a una buena comida en Laguno, pronto va a ser la hora.

—¿Es posible? —preguntó parpadeando Klingsor.

—Es posible. Sólo tengo que ir antes un momento a la estación. Te confieso que he telegrafiado a una amiga diciéndole que estoy en las últimas, puede que llegue a las once.

Riendo, Klingsor arrancó de la tabla el comenzado estudio.

—Tienes razón, muchacho. ¡Vamos a Laguno! Ponte la camisa, Luigi. Las costumbres aquí son de gran inocencia, pero por desgracia no puedes ir desnudo a la ciudad.

Fueron a la pequeña ciudad, a la estación, se les unió una mujer hermosa, comieron bien en un restaurante, y Klingsor, que lo había olvidado por completo durante sus meses en el campo, se sorprendió de que aún existieran todas aquellas cosas, esas cosas amables y alegres: truchas, mojama, espárragos, Chablis, Dôle du Valais, Benedictine.

Después de la comida, los tres remontaron en el funicular la empinada ciudad, pasando ante las casas, las

ventanas y los jardines colgantes, era muy hermosa, se quedaron sentados y volvieron a descender, y subieron y bajaron otra vez. El mundo era singularmente hermoso y extraño, muy abigarrado, un poco discutible, un poco inverosímil, pero maravilloso. Klingsor tan sólo estaba un poco cohibido, mostraba sangre fría, no quería enamorarse de la hermosa amiga de Luigi. Fueron otra vez a un café, fueron al parque, vacío a mediodía, se tumbaron al borde del agua bajo los árboles gigantescos. Vieron muchas cosas que habría que pintar: rojas casas de noble piedra en medio del profundo verde, araucarias y árboles de las pelucas, oxidados en pardo y en azul.

—Has pintado muchas cosas amables y divertidas, Luigi —dijo Klingsor—, cosas todas que yo amo mucho: mástiles de banderas, payasos, circos. Pero lo que más me gusta de todo es un trozo de tu carrusel nocturno. Sabes, por encima de la carpa violeta y lejos de todas las luces, allá arriba, en medio de la noche, hay un pequeño y frío gallardete, rosa pálido, ¡tan bello, tan frío, tan solitario, tan espantosamente solitario! Es como un poema de Li Tai Pe o de Paul Verlaine. En ese tonto banderín rosa están todo el dolor y la resignación del mundo, y también todas las sanas risas a costa del dolor y la resignación. Haber pintado ese banderín justifica tu vida, te tengo en alta estima por ese banderín.

—Sí, sé que te gusta.

—También a ti te gusta. Mira, si no hubieras pintado algunas de esas cosas, todas las buenas comidas

y los vinos y las mujeres y el café no te servirían de nada, serías un pobre diablo. En cambio así eres un diablo rico, y eres un tipo al que se aprecia. Mira, Luigi, a menudo yo pienso como tú: que todo nuestro arte no es más que un sucedáneo, un sucedáneo trabajoso, y pagado diez veces demasiado caro, de una vida despilfarrada, de una animalidad despilfarrada, de un amor despilfarrado. Pero no es así. Es muy diferente. Se sobrevalora lo sensorial cuando se considera que lo espiritual no es más que un sucedáneo de emergencia de lo sensorial que echamos en falta. Lo sensorial no vale ni una pizca más que lo espiritual, y lo mismo sucede al contrario. Todo es uno, todo es igual de bueno. Es lo mismo abrazar a una mujer que hacer un poema. Cuando lo único que importa es el amor, el ardor, la conmoción, da lo mismo que seas monje en el Monte Athos o vividor en París.

Louis alzó lentamente la mirada de sus ojos burlescos.

—No te pongas así, muchacho.

Pasearon por la zona con la hermosa mujer. Los dos veían bien, sabían hacerlo. En los alrededores de un par de pequeñas ciudades y pueblos veían Roma, veían Japón, veían el Mar del Sur, y luego deshacían esas ilusiones con dedos juguetones; su capricho prendía estrellas en el cielo y volvía a apagarlas. Alzaban sus esferas luminosas a las exuberantes noches: el mundo era una pompa de jabón, era ópera, alegre insensatez.

Louis, el pájaro, iba en su bicicleta por las colinas de los alrededores, estaba aquí y allá mientras Klingsor pintaba. Klingsor sacrificaba algunos días, luego volvía a salir y trabajaba encarnizadamente. Louis no quería trabajar. Louis se había marchado de pronto, junto con su amiga, escribió una postal desde muy lejos. De pronto había vuelto, cuando Klingsor ya lo daba por perdido, estaba en la puerta con su sombrero de paja y su camisa abierta, como si nunca se hubiera marchado. Una vez más, Klingsor volvía a apurar, en la copa más dulce de su juventud, la bebida de la amistad. Tenía muchos amigos, muchos lo querían, a muchos les había dado cosas, a muchos había abierto su corazón, pero sólo dos de los amigos escuchaban de sus labios aquel verano el viejo grito del corazón: Louis el pintor y el poeta Hermann, llamado Thu Fu.

Algunos días, Louis estaba sentado en el campo en su silla de tijera, a la sombra de los perales, a la sombra de los ciruelos, y no pintaba. Se sentaba y pensaba y tenía el papel sujeto al tablero y escribía, escribía mucho, escribía muchas cartas. ¿Son felices las personas que escriben tantas cartas? Él escribía con celo. Louis el despreocupado, su mirada se quedaba una hora pegada con esfuerzo al papel. Muchas cosas ocultas lo impulsaban. Klingsor lo amaba por eso.

Él no hacía lo mismo. Él no sabía callar. No podía ocultar su corazón. Hacía saber a sus más próximos los secretos sufrimientos de su vida, de los que pocos sabían. A menudo sufría de miedo, de melancolía, a

menudo yacía preso en el pozo de las tinieblas. Sombras provenientes de su vida anterior caían a veces, desproporcionadamente grandes, sobre sus días, y los volvían negros. En esos momentos, le hacía bien ver el rostro de Louis. A veces se le quejaba.

Pero a Louis no le gustaban esas debilidades. Lo atormentaban, exigían compasión. Klingsor se había acostumbrado a mostrar su corazón a su amigo, y comprendió demasiado tarde que al hacerlo lo estaba perdiendo.

Louis volvió a empezar a hablar de irse. Klingsor supo que podría retenerlo durante tres, durante cinco días, pero que de pronto le mostraría la maleta hecha y se marcharía, para no regresar en mucho tiempo. ¡Qué corta era la vida, qué irrecuperable era todo! El único de sus amigos que entendía su arte por completo, cuyo arte era cercano y estaba a la altura del suyo, ese único amigo era al que había espantado y molestado, malhumorado y enfriado, tan sólo por necia debilidad y comodidad, sólo por la pueril e indecorosa necesidad de no tener que esforzarse frente a un amigo, de no guardar secretos ante él, de no tener que mantener la compostura delante de él. ¡Qué necio, qué infantil había sido! Así se castigaba Klingsor, demasiado tarde.

El último día pasaron juntos por los valles dorados, Louis estaba de muy buen humor, la partida era savia vital para su corazón de pájaro. Klingsor participaba, habían vuelto a encontrar el viejo tono ligero, juguetón y burlón, y ya no lo abandonaban. Por la tarde

se sentaron en el jardín de la fonda. Hicieron pescado, arroz con setas, y tomaron guindas con Marrasquino.

—¿Adónde te vas mañana? —preguntó Klingsor.

—No lo sé.

—¿Vas a ver a esa hermosa mujer?

—Sí. Quizás. ¿Quién puede saberlo? No preguntes tanto. Ahora, como colofón, vamos a tomar un buen vino blanco. Apuesto por el Neuenburger.

Bebieron; de pronto, Louis exclamó:

—Está bien que me vaya, vieja foca. A veces, cuando estoy sentado contigo, por ejemplo ahora, se me ocurre de pronto alguna tontería. Se me ocurre que estamos aquí sentados los dos pintores que tiene nuestra buena patria, y entonces tengo una sensación espantosa en las rodillas, como si los dos fuéramos de bronce y estuviéramos cogidos de la mano en un pedestal, sabes, como Goethe y Schiller. Ellos no pueden hacer otra cosa que estar eternamente ahí, dándose las manos de bronce, hasta resultarnos poco a poco inevitables y odiosos. Quizá eran tipos estupendos y encantadores compañeros, una vez leí una obra de Schiller y era directamente estupenda. Y sin embargo ahora ha llegado a eso, a ser una bestia famosa y tener que estar junto a su hermano siamés, cabeza de escayola contra cabeza de escayola, y tener que ver alineadas sus obras completas y que se le explique en los colegios. Es escalofriante. ¡Imagínate a un profesor, dentro de cien años, predicando a sus estudiantes: Klingsor, nacido en 1877, y su contemporáneo Louis, llamado el

glotón, renovadores de la pintura, liberación del Naturalismo del color, si observamos con más atención esta pareja de artistas se divide en tres períodos claramente distinguibles! Prefiero acabar debajo de una locomotora hoy mismo.

—Sería más sensato que acabaran ahí los profesores.

—No hay locomotoras tan grandes. Ya sabes lo mezquina que es nuestra tecnología.

Empezaban a salir las estrellas. De pronto, Louis chocó su copa con la de su amigo.

—Bien, brindemos y bebamos. Luego me subiré a mi bici, y *adieu*. ¡Nada de largas despedidas! La fonda está pagada. ¡Salud, Klingsor!

Brindaron, apuraron sus copas, y Louis se subió a la bici, se caló el sombrero, y se fue. Noche, estrellas. Louis estaba en China. Louis era una leyenda.

Klingsor sonrió con tristeza. ¡Cómo amaba a ese ave migratoria! Se quedó largo tiempo de pie entre los guijarros del jardín de la fonda, mirando la carretera vacía.